

El alma rusa (II)

Habiendo anteriormente seguido el proceso de formación del alma rusa, continuamos hoy, como anunciábamos en el número precedente, estudiando el origen y desvolviimiento del paneslavismo, con los inmensos conflictos psicológicos que se debaten en muchos escritores rusos, y el arribo hasta el desenfrenado despotismo de Moscou, que intenta hacer extensivo a todo el mundo por medio del comunismo y cuyas angustias padecemos en los días que corren.

Vientos de cultura.

El zar, Pedro el Grande, avergonzado de la increíble ignorancia de su pueblo, fruto de tantos siglos de anquilosamiento, abrió todas las puertas y ventanas del Imperio a los vientos culturales del Occidente. Llamó a los sabios de Europa y envió a los propios para que importaran el progreso extranjero.

¡Enhoramala!

El ambiente europeo, donde se estaba ya fraguando la Revolución francesa con la sangrienta secuela de trastornos, en casi todos los países continentales, de 1820 y 1848, estaba intoxicado hasta la médula de liberalismo, de rebeldía religiosa, moral y filosófica. La confusión de creencias originaba el escepticismo y el individualismo exacerbado.

Se hostilizaba a la Cátedra de Pedro, desde todos los reductos del saber y del arte. Había un alocado culto a la ciencia y al adelanto material. Y un renacimiento pagano, que minaba la cultura del Catolicismo propugnando la imitación servil y canonización absoluta de los modelos grecorromanos, cubría todo este montón de inmoralidades y de vaciedad bajo la seductora vestidura del progreso y del elegante hablar y escribir.

Tal es la cultura que fueron a recoger, para sus compatriotas, los intelectuales rusos: desde su esencia,

diametralmente incompatible con el misticismo asiático de Moscovia.

Bifurcación dolorosa. Paneslavismo.

En el choque de ambas fuerzas elementales tiene su origen el paneslavismo, cuyas generalidades apuntaremos entreverándolas con las fases y rasgos más acusados en la evolución de la literatura, ya que en ésta se reflejó y conscientemente cristalizó el eslavofilismo, y fué el escenario donde se libró el tremendo combate, único en la historia, con el occidentalismo.

A partir de ahora, se bifurcan, acusándose cada vez más las dos tendencias en la lucha antagónica por la vida.

Los occidentalistas pretendían europeizar a su patria, mientras que los eslavofilos defendían tenazmente la incontaminación de la tradición nacional, elevando a dogma su supremacía sobre los demás.

De los primeros, había quienes abogaban por un total rechazo del sombrío pasado nacional para levantar sobre cimientos nuevos el edificio de la nueva civilización. Otros, los más, trataban de ensamblar ambas civilizaciones, introducir a Shakespeare y al filosofismo alemán en las cabañas moscovistas, conglutinar elementos totalmente infusibles. Ellos mismos, al pretender europeizar los abstractos bizantinos-tartáricos que portaban en su misma textura psicológica, provocaron dentro de sí el trágico debate de ambas fuerzas, haciéndose víctimas de profundo dualismo cultural.

Los paneslavistas, constituyéndose portaestandartes de la Rusia vigorosa y asiática, que, persuadida de su misión histórica universal, se apresta a conquistar al Occidente —no a pactar con él ni a beneficiarse mutuamente— con espíritu de cruzada; de la Rusia que anatematiza y extirpa a quien no se ligue con ella ni

comulgue con sus razones vitales y culturales.

Todo lo cual vamos a verlo reflejado en la literatura, cuya historia es la historia del desenvolvimiento y consumación de un gigante fracaso cultural. La literatura rusa que, en palabras de Ilia Eremburg "empezó con dos cadáveres (Pushkin y Lermontow) y acabó con dos suicidas", (Yesienin y Mayakowsky), y que sólo tuvo vida y desarrollo cuando estableció contacto con Occidente, fué asesinada por su propio pueblo.

Vamos a asistir a esta tragedia de proyecciones apocalípticas cuyo último ensangrentado acto, la Revolución de 1917, escenifica la muerte que un pueblo se dió a sí propio.

Aleksandr Nykolayewich Radischew (1749-1802), imbuido en la filosofía alemana, es el primero que acusa la tendencia cosmopolita. Catalina II lo deportó a Siberia, y, al fin, se envenenó.

Aleksandr Siergieyewich Pushkin (1789-1837) de estilo calmo y sobrio, claro y equilibrado, se impregnó de civilización europea. Pero luego derivó hacia lo nacional, hundándose en los abismales conflictos culturales que hemos señalado, involucionando definitivamente, al fin de su creación, hacia el Occidente. Murió en un duelo, que no fué en realidad, más que un recurso disimulado para asesinarle.

La expresión consciente de ese forcejeo dual, se refleja en las obras de Mikail Lermontow (1814-1841), quien, más honda y violentamente que Puskin sintió el desgarramiento de ambas fuerzas. Fué también asesinado en un duelo, y su cadáver, habiendo huído todos por el estallido de una tempestad, allí quedó, toda la noche, anegado en los raudales del diluvio a la luz intermitente de los relámpagos.

En la poesía de Nikolai Aleksieyewich Niekrasow (1821-1877), que se constituye portavoz y propugnadora de una Rusia revolucionaria y progresista, y cuya fama dejó en la sombra a dos grandes creadores, Fiedor Tiutchew, poeta del terror cósmico, y Afanasi Fiet-Shenshyn, único lírico ruso que se liberó del forcejeo psicológico-cultural, se acusa más, reciamente aún el occidentalismo, llegando al culmen con Iwan Siergieyewich Turguienew (1818-1883), sangrienta y despreciativamente ridiculizado por Dostoyewsky.

Error y pecado de los occidentalistas.

Luego vienen los representantes de aquella corriente occidentalista que dijimos pretendía arrumbar el sombrío pasado nacional y comenzar a forjar la cultura de nueva planta. Tales son Pedro Jakovlewich Chaadayew (1793-1855), Aleksiey Tolstoy y Nikolay Gumilow.

Tanto estos como los anteriores cometieron una equivocación y un tremendo pecado. El error estuvo en no coaligarse frente al eurasiatismo, y el pecado, en pretender barnizar de cultura exótica y vacía de Dios una tradición secularmente enraizada en el misticismo religioso, y, abandonando el venero de las aguas vivas del Catolicismo ¡¡¡el único!!! que podía haber salvado aquel pueblo y purificarlo, hasta sus fondos, sin congestionar por eso los rasgos esenciales de su psicología, se echaron de bruces sobre las charcas de aquella corrompida civilización europea del siglo XIX, envenenando muchos espíritus sinceros.

Fascinados ante el brillo renacentista, al contrastarlo con las adensadas sombras del turbio periodo mongólico, sienten vergüenza de su patria y la insultan y forcejean por liberarse de su influjo. Pero atraídos, en virtud de la ley de la gravitación de las almas, hacia el centro de gravedad de su fondo bizantino-tártaro, la aman porque es su propio ser y vida y se sienten impotentes para definitivamente abandonarla. De ahí, el trágico forcejeo al borde del abismo. Como un criminal de larga herencia corrompida que odia el crimen, porque es malo, pero es arrastrado a él y lo ama, porque es algo suyo.

Así Mikail Lermontow escribía de la "sucua Rusia"; Maksimilian Woloshyn, "grande, oscura, borracha, maldita Rusia". Blok, el genial poeta, uno de los mayores del mundo, reza de esta manera: "...Rusia mía, madre mía, ¿por qué tengo que sufrir contigo? ¿No ha llegado ya el tiempo de repudiarte? ¿De separarnos? Para un corazón libre ¿qué es tu oscuridad? ¿Sabías alguna cosa sobre tí? ¿Has creído alguna vez en Dios? Por el mar Negro, por el mar Blanco, por las noches negras y los días blancos miro salvajamente tu rostro petrificado; y en tus ojos brillan fuegos tártaros."

Los eslavófilos. Hacia el abismo.

Veamos los eslavófilos.

Un ucraniano, Nikolail Wasiliewich Gogol (1809 - 1852), que traicionó a su patria, Ucrania, siempre en lucha contra las ambiciones rusas, traicionándose a sí propio, se pasó al paneslavismo —léase: imperalismo moscovita— al que realmente odiaba y vivió siempre en contradicción consigo mismo. Se vió cogido en las redes del eslavofilismo, pero se vengó dejando en "Almas muertas" un cuadro, sangrientamente irónico, de la envilecida sociedad rusa, y ejerciendo tal influjo en los escritores de esta corriente hasta llegar a decir de Dostoyewsky: "Todos nosotros descendemos del "Abrigo de Gogol". El "Abrigo", es una novela cuyo héroe, un vagabundo, hazme-reir de todos, muere desesperado cuando le quitan lo único de valor y de ilusión en su vida: el abrigo.

Gogol pinta lo más ostensible de su miseria física y moral. Pero a partir de ahora, la literatura se adentrará y circunscribirá a los podridos fondos de la naturaleza humana, convirtiéndose en un museo detestable, en un infierno dantesco, con sus círculos concéntricos, en el primero de los cuales, el más amplio y superior, se encierra el suicida espíritu egocéntrico paneslavista y su soberbia racial, de donde provendrá, naturalmente, el gradual empobrecimiento.

Esos círculos irán estrechándose más, axfisiándose así mismos, mientras descienden por la escala de la degradación hasta el círculo postremo, oscurecido ya en el abismo, donde se comete la locura de localizar las fuentes de la renovación espiritual en la basura de la sociedad, en los más viles seres humanos: vagabundos, dementes y asesinos. Es simbólico el fin que se da uno de los personajes de una novela de Arzybashew: se suicida hundiéndose su cabeza en una cloaca, lección impresionante y trágica del extremo a que se llega por el camino del orgullo y del ateísmo.

Fiedor Mikaylowich Dostoyewsky (1821 - 1881), es, sin disputa, la más auténtica personificación del fanatismo paneslavista, el cual, en sus obras adquiere un insospechado desenvolvimiento. De instinto asiático cien por cien, aunque se puso en contacto con

la civilización europea, odiaba a Occidente y ridiculizaba, con sádico complacimento, a la Iglesia Católica. Se identificó totalmente con el eurasiatismo, primer círculo, y bajó, grada por grada, toda la escala de la degradación del dantesco infierno de la literatura eslavófila.

Se constituye, en efecto, su portaestandarte rechazando violentamente toda interferencia extraña y propugnado la absoluta suficiencia y superioridad del ruso sobre todos los demás. Suyas son estas palabras: "¿Sabéis cuál es al presente el único pueblo deífico, el único pueblo llamado a renovar el mundo, a salvarlo, en nombre de un nuevo Dios? ¡Es el pueblo ruso!" Sin ningún serio fundamento filosófico abrazó el nihilismo, devastador sistema que aboga por el rompimiento de todo lazo social y moral. Y como nadie tan adicto a semejante engendro como aquellos —criminales, vagabundos— para quienes nada son ni significan las leyes y la moral, estos serán los héroes de las novelas de Dostoyewsky.

A ello contribuyó también su convivencia en el presidio con delincuentes políticos y criminales resignados, en los cuales llegó a ver grandeza moral hasta en sus hazañas de bandidaje. A éstos pues al principio, describirá —en cuadros magistrales de acabadísimo y maravilloso análisis psicológico— con indulgencia; luego, con honda simpatía y comprensión.

Aún avanzó más. Como para la realización de los sueños moscovitas se precisaba la servidumbre de las masas, la sacrificación del individuo en aras de la colectividad, Dostoyewsky creará la literatura primero, de la pasividad ante el sufrimiento, y luego, el deseo del dolor, anatematizando como pecadores a los que contra él se insurreccionan, y aureolando de gloria a los que a él se resignan sin rebelarse. Se acentúa igualmente el pesimismo a medida que se baja hacia la degradación.

Síguele Lew Nikolaiewich Tolstoi (1828 - 1910), de posición social, temperamento y estilo literario totalmente diverso del anterior: claro y sencillo, plasticidad y equilibrio constructivo. Se pone a rezar al campesino ruso como modelo humano ideal, exaltando sus defectos como virtudes. Al final derivó a un místico panteísmo y a un nihilismo social con una

interpretación del Evangelio muy "sui generis".

A una con Dostoyewsky, la literatura evoluciona hacia el fatalismo y la desesperación; triste fruto del rechazo de Dios. Mientras tanto, el veneno marxista que se va inoculando en los campesinos aglomerados en los centros fabriles, provoca en ellos la insurrección contra la autocracia zarista. El ambiente intelectual, hace tiempo en descomposición, acoge favorablemente las novelas cuyo campo de observación se circunscribe a la basura social. Por eso adquieren fama Maksim Gorky (1869 - 1936), y Wladimir Korolenko (1853 - 1921).

El pesimismo se acentúa con gran crudeza en el suicida Wsielwolod Garshyn. Se desciende más y más hacia los bajos fondos. Antón Pawlowich Chejow (1860-1904), dejó un cuadro de la sociedad maleada rusa tan aterradoramente repugnante por su podredumbre, q' la risa calofriante provocada por su sátira se huela en los labios, sin llegar al corazón, porque ella nos parecería cruel sarcasmo ante la desventura de los protagonistas; como sonarían a profanación los gritos de un embriagado en una función sagrada. Su pesimismo no es ya superado por nadie: teoriza que en la vida humana necesariamente predomina el mal, y el bien va al fracaso sin remedio. Como él, Wladimir Wieriesayew y Leonid Andrieyew (1871 - 1919), exponen al desnudo, en postura negativa ante sus protagonistas, toda su miseria moral. Y el segundo aún baja más profundo en su exploración por las tinieblas abismales de la psicología de los miserables.

Con Kuprin y Arcybashew, a ese repugnante sondeo, se añade el cinismo y la desvergüenza. Hay íntima complacencia en describir monstruosidades dejando muy por debajo a la misma "dostoyewskina", aunque a inmensa distancia del valor literario de Fiedor Dostoyewsky.

Oasis de luz. Solowyew.

Como violenta reacción contra una literatura que se iba axfisiando y secando la creación artística propia, sugyugada al servicio de la tiranía, se levanta el simbolismo, cuya más noble pretensión fué colocar en el centro de los valores vitales, la inquietud y el problema religioso. Lás-

tima que, en los líricos de segunda categoría, degeneró, como siempre, en misticismo exótico, complejo de enigmas indescifrables y desesperantes.

Su primer precursor es Annienski a quien sigue Wladimir Siergieyewch Solowyew (1835 - 1900), uno de los más nobles creadores rusos, filósofo, crítico y poeta que llega —en sus ascensiones literarias— a alcanzar contemplativas cumbres místicas de inmacillado lirismo. Fué el único, que, no sólo evitó el pecado de rechazar el Catolicismo, sino que forcejeó heroicamente para conducir a su pueblo a la Iglesia de Roma. El también, como Dostoyewsky, creía en la misión universalista histórica de Rusia, y la quería, y buscaba su engrandecimiento, pero por las rutas iluminadas que refluyen de la Luz inextinguible.

Otros simbolistas de menor elevación espiritual, aunque de bellísimo lenguaje, vibrante de musicalidad, son Dimitry Siergieyewich Mieriekowsky, Wiasheslaw, Fiedor Sologub, Andriey Biely y Konstantin Balmont. Todos ellos pugnan por mantener enhiesta la bandera de los valores transcendentales sobre las trivialidades humanas; pero la tremenda realidad circundante los ahoga, los angustia y presiona en una asfixia sin salvación. Entonces, caen en las sombras del espanto o se pasan al campo enemigo. Se refugian, desventurados, en el formalismo, en el culto del estilo externo, deslumbrándose a sí mismos con sus luminarias poéticas para no ver el abismo que se abre a sus pies y cuya boca se oculta bajo la enredadera de su profusa exuberancia estilística. Y se multiplica la siempre, en Rusia, numerosa cohorte de extravagantes, maniacos y misantropos. Walemir Jlebnikob es proclamado en una reunión literaria el "Presidente del mundo" y se pasea con una blanca sábana, símbolo de su divinidad.

Siergiey Yesienin, entra en un restaurante sin ropa e interpreta un "Kan-kan" de su creación; Mayakomsky, pinta diablillos negros sobre su frente y sus labios, se viste de una blusa hecha de casulla, (y contesta con piedras preparadas al efecto a lluvia de tomates y huevos podridos del público.)

Alesandr Alesandrowich Blok (1880 1922), refleja en sí esa lucha titánica

e impotente contra la terrible realidad: en sus esfuerzos de ascensión mística, toca las cumbres, pero todas las veces es despeñado, en una alternativa experimentación del mayor goce espiritual y la suprema desesperanza del fracaso. Acaba por escribir un poema en el que, al frente de una partida de bandoleros-revolucionarios, coloca el espectro de Cristo. Esto significaba la renuncia a subir al suicidio espiritual. Enloquecido de desesperación, muere.

Esta lírica del simbolismo estrechada de inquietudes trascendentales siente la obsesión del Mesías. Pero este Salvador es, en Briusow, una sombra en el alboroto de las callejas; para Wiecheslaw Iwanow, un pescador de un lago místico, en relación con hadas y brujas. Blok, viéndose crucificado en una altura que domina todo el triste paisaje ruso, exclama: "¡Oh Cristo, triste es mi patria, lentamente pierdo las fuerzas en mi cruz; y Tu barca, y Tu barca, ¿llegará algún día hasta esta crucificada altura?"

Nikolai Kluyew, trae el imaginismo, que pretende la realización de la imagen por medio de complejas metáforas; se elevó a gran altura con un poeta por la gracia divina, Siergiey Aleksandrowich Yesienin (1896-1925). Todo lo veía en función del paisaje. Hasta el Mesías lo representaba como expresión simbólica de las energías elementales, y un día, se arrodilla ante un serbal y besa sus rojos frutos, como si fueran las llagas de Cristo. Alcoholizado, se suicida.

Viene el futurismo con Wladimiro-wich Mayakowsky (1890 - 1930), que en Rusia adquiere carácter anarquista y revolucionario. En Dostoyewsky, el individuo era sacrificado en pro de la colectividad; ahora se considera como una pieza más de la gran máquina del Estado. También se suicidó.

Son futuristas, Kamiensky, Jlebni-kow y Pasternak; Asieyew y Sel-winsky desertaron más tarde al campo político.

Naturalmente toda aquella materializada y corrompida literatura no ejercía influjo inmediato en los campesinos, aferrados en sus tradiciones y medularmente religiosos. Pero sí y muy eficaz en los intelectuales y en

los obreros de las fábricas urbanas.

Página sangrienta.

Hasta que sobrevino la horrenda catástrofe, último y ensangrentado acto del drama; la Revolución de 1917. La cual, en el fondo y en realidad, no fué más que el desembocamiento forzoso de las turbias corrientes sociales, el estallido salvaje de los instintos tártaros, ínsitos en las honduras del alma rusa, en tremendo debate con las influencias occidentales.

Inexorablemente, fueron estas arrolladas por aquellos; de lo cual, ante Dios y ante los hombres son responsables los suicidas escritores paneslavistas, que los fomentaron y exacerbaron. Culpables del cataclismo y de sus consecuencias. Ellos dieron pábulo a la soberbia y miseria de un pueblo desventurado, y rechazaron cuantas coyunturas Roma ofreció para entroncar el estéril sarmiento ruso en la Vid de la Iglesia verdadera, esencialmente pura, humilde y universalista.

No todos, es verdad, son cómplices en este crimen. Muchísimos aguardan el resurgimiento, porque sus ojos dirigidos por encima de la tempestad, saben que, a pesar de las nubes, el cielo sigue siendo siempre azul.

Los que espiritualmente comulgan con el comunismo, más o menos persuadidos y envenenados, se arrojan al bandidaje con fiereza rabiosa, amargados, enloquecidos, atormentados por una conciencia cargada de delitos. Pero la mayor responsabilidad recae sobre sus concientes instigadores, que suelen ser siempre unos pocos pero luciferinos.

Los más, la inmensa mayoría del pobre pueblo ruso, al margen o en íntima oposición frente al bolcheviquismo comunista, cristalización postrera del eurasiatismo al servicio de las ambiciones de Moscou, sufren los zarpazos de la fiera apocalíptica, de este Estado ególatra, que objetiva su finalidad en sí mismo, . . . y esperan. Son despojados de todo, hasta de su libertad y afecciones. Muchos, no pudiendo más, sienten el derrumbamiento de su fortaleza religiosa ante tanta negrura y tanto dolor. Otros, los menos, caen en la indiferencia o en la desesperación.

CARMELO SALVATIERRA, S. J.